

FUSTEL DE COULANGES

LA CIUDAD ANTIGUA

ESTUDIO SOBRE EL CULTO,
EL DERECHO Y LAS INSTITUCIONES
DE GRECIA Y ROMA



ESTUDIO PRELIMINAR
DE
DANIEL MORENO

EDITORIAL PORRÚA

AV. REPÚBLICA ARGENTINA, 15. MÉXICO, 1998

“SEPAN CUANTOS...”

NÚM. 181

tiempo en que el dios mismo era propiedad de esa familia, sólo a ella protegía y de ella sólo quería ser servido.

Es, pues, exacto el decir que esta segunda religión estuvo al principio al unísono con el estado social de los hombres. Tuvo por cuna a cada familia y durante mucho tiempo quedó encerrada en este estrecho horizonte. Pero se prestaba mejor que el culto de los muertos a los progresos futuros de la asociación humana. En efecto, los antepasados, los héroes, los manes, eran dioses que, por su esencia misma, no podían ser adorados más que por un número muy pequeño de hombres, y que establecían a perpetuidad infranqueables líneas de demarcación entre las familias. La religión de los dioses de la naturaleza era un marco mayor. Ninguna ley rigurosa se oponía a que cada uno de estos cultos se propagase; no estaba en la naturaleza íntima de esos dioses el ser adorados solamente por una familia y rechazar al extraño. En fin, los hombres debían llegar insensiblemente a advertir que el Júpiter de una familia era, en el fondo, el mismo ser o la misma concepción que el Júpiter de otra; lo que no podían creer de dos lares, de dos antepasados o de dos hogares.

Añadamos que esta religión nueva tenía también otra moral. No se circunscribía a enseñar al hombre los deberes de familia. Júpiter era el dios de la hospitalidad; de su parte venían los extranjeros, los suplicantes, los "venerables indigentes", a los que había de tratarse "como a hermanos". Todos estos dioses adoptaban con frecuencia forma humana y se mostraban a los

Pausanias, I, 37; IV, 15; VI, 17; X, 1. Apolodoro, III, 13. Justino, XVIII, 5. Harpocración, V. ἑτεροβουτάδα, εὐνεῖδα.—Cicerón, *De Divinatione*, I, 41.—Estrabón, IX, pág. 421; XIV, pág. 634. Tácito, *Anales*, II, 54.

mortales. Algunas veces era para asistir a sus luchas y tomar parte en sus combates; pero también, con frecuencia, para ordenarles la concordia y enseñarles a ayudarse unos a otros.

A medida que esta nueva religión iba en progreso, la sociedad debió agrandarse. Ahora bien, es del todo manifiesto que esta religión, débil al principio, adquirió en seguida mayor impulso. En sus comienzos había buscado una especie de abrigo en las familias; bajo la protección del hogar doméstico. Allí obtuvo el nuevo dios un pequeño espacio, una estrecha *cella*, en presencia y al lado del altar venerado, para que un poco del respeto que los hombres sentían por el hogar lo recibiese el dios. Poco a poco adquirió éste más autoridad sobre el alma y renunció a esa especie de tutela; salió del hogar doméstico, tuvo una morada propia y sacrificios que le fueron peculiares. Esta morada (*vaós*, de *vaúw*, habitar) fue, por otra parte, construida a imagen del antiguo santuario; como antes, fue una *cella* fronterera a un hogar; pero la *cella* se amplió, se embelleció, se convirtió en templo. El hogar subsistió a la entrada de la casa del dios, pero pareció muy pequeño comparado con ésta. Lo que había sido al principio lo principal, se convirtió luego en lo accesorio. Cesó de ser el dios y descendió al rango de altar del dios, de instrumento para el sacrificio. Quedó encargado de quemar la carne de la víctima y de llevar la ofrenda, con la oración del hombre, a la divinidad majestuosa cuya estatua residía en el templo.

Cuando estos templos fueron levantados y sus puertas fueron abiertas a la muchedumbre de adoradores, se puede estar seguro de que la inteligencia humana y la sociedad hacía tiempo que habían progresado.

CAPÍTULO III

LA CIUDAD SE FORMA

La tribu, como la familia y la fratría, estaba constituida para ser un cuerpo independiente, puesto que tenía un culto especial, del que estaba excluido el extraño. Una vez formada, ya no podía admitirse a ninguna nueva familia. Tampoco podían fundirse dos tribus en una sola; su religión se oponía. Pero, así como varias fratrías se habían unido en una tribu, varias tribus pudieron asociarse entre sí, a condición de que se respetase el culto de cada cual. El día en que se celebró esta alianza, existió la ciudad.

Poco importa el inquirir la causa que determinó a varias tribus vecinas a unirse. Unas veces la unión fue voluntaria, otras, impuesta por la fuerza superior de una tribu o por la voluntad potente de un hombre. Lo cierto es que el lazo de la nueva asociación siguió siendo el culto. Las tribus que se agruparon para formar una ciudad no dejaron jamás de encender un fuego sagrado y de darse una religión común.

Así, la sociedad humana no progresó en esta raza a la manera de un círculo que se ensancha paulatinamente, ganando el espacio inmediato. Al contrario, se trata de pequeños grupos, que, constituidos mucho tiempo antes, se incorporaron unos a otros. Varias familias formaron la fratría, varias fratrías, la tribu; varias tribus, la ciudad. Familia, fratría, tribu, ciudad, son además sociedades exactamente semejantes entre sí, que han nacido unas de otras por una serie de federaciones.

También es necesario observar que a medida que esos diferentes grupos se asociaban de ese modo entre sí, ninguno de ellos, sin embargo, perdía su individualidad ni su independencia. Aunque varias familias se hubiesen unido en una fratría,

cada una seguía constituida como en la época de su aislamiento; nada había cambiado en ella, ni su culto, ni su sacerdocio, ni su derecho de propiedad, ni su justicia interior. Algunas curias se asociaban en seguida, pero conservando cada una su culto, sus reuniones, sus fiestas, su jefe. De la tribu se pasó a la ciudad, pero las tribus no por eso quedaron disueltas, y cada una continuó formando un cuerpo, casi lo mismo que si la ciudad no existiese. En religión subsistió una muchedumbre de pequeños cultos, sobre los cuales se estableció un culto común; en política siguió funcionando una multitud de pequeños gobiernos, y sobre ellos se estableció un gobierno común.

La ciudad era una confederación. Por eso estuvo obligada —al menos durante varios siglos— a respetar la independencia religiosa y civil de las tribus, de las curias y de las familias, y no tuvo al principio el derecho de intervenir en los negocios particulares de cada uno de estos pequeños cuerpos. Nada tenía que ver en el interior de una familia; no era juez de lo que en ella ocurría; dejaba al padre el derecho y el deber de juzgar a su mujer, a su hijo, a su cliente. Por esta razón el derecho privado, que se había fijado en la época del aislamiento familiar, pudo subsistir en las ciudades y sólo se modificó mucho tiempo después.

Esta manera de incubarse de las ciudades antiguas está atestiguada por algunos usos que duraron muchísimo tiempo. Si nos fijamos en el ejército de la ciudad, durante los primeros tiempos, lo encontramos distribuido en tribus, en curias, en familias,²⁰ "de tal suerte, dice un

²⁰ Homero, *Iliada*, II, 362. Varrón, *De ling. lat.*, V, 89. En Atenas subsistió el uso de clasificar a los soldados por tribus y por demos: Herodoto, VI, 111; Iseo, *de Meneclis hered.*, 42; Lisias, *pro Mantitheo*, 15.

antiguo, que el guerrero tenga por vecino en el combate al que, en tiempos de paz, hace la libación y el sacrificio en el mismo altar".²¹ Si nos fijamos en el pueblo reunido en asamblea, en los primeros siglos de Roma, observaremos que vota por curias y por *gentes*.²² Si nos fijamos en el culto, encontramos en Roma seis vestales, dos por cada tribu; en Atenas, el arconta celebra la mayoría de los sacrificios en nombre de la ciudad entera, pero aún quedan algunas ceremonias religiosas que deben ser realizadas en común por los jefes de las tribus.²³

Así, la ciudad no es una asamblea de individuos: es una confederación de varios grupos constituidos antes de ella, y que ella deja subsistir. En los oradores áticos se ve que cada ateniense formaba parte a la vez de cuatro sociedades distintas: es miembro de una familia, de una fratría, de una tribu y de una ciudad. No ingresa al mismo tiempo y en el mismo día en las cuatro, como el francés, que desde el momento de nacer, pertenece simultáneamente a una familia, a una comuna, a un departamento y a una patria. La fratría y la tribu no son divisiones administrativas. El hombre ingresa en diversas épocas en estas cuatro sociedades y, en cierto sentido, asciende de una a otra. El niño es admitido primeramente en la familia por la ceremonia religiosa que se celebra diez días después de su nacimiento. Algunos años después entra en la fratría por una nueva ceremonia que hemos descrito más arriba. En fin, a la edad de diez y seis o de diez y ocho años, se presenta para ser admitido en la ciudad. Ese día, ante un altar y ante las carnes humeantes de una víctima, pronuncia un juramento comprometiéndose, entre otras cosas, a respetar siempre la religión

²¹ Dionisio de Halicarnaso, II, 23.

²² Aulo Gelio, XV, 27.

²³ *Pollux*, VIII, 111.

de la ciudad.²⁴ A contar de ese día está ya iniciado en el culto público y se convierte en ciudadano.²⁵ Que se observe a ese joven ateniense elevándose de escalón en escalón, de culto en culto, y se tendrá la imagen de los grados por los que la asociación humana había pasado antaño. La marcha que ese joven se ha visto obligado a seguir es la que antes siguió la sociedad.

Un ejemplo hará más patente esta verdad. Sobre las antigüedades de Atenas nos han quedado bastantes tradiciones y recuerdos para que podamos observar, con regular precisión, cómo se formó la ciudad ateniense. Al principio, dice Plutarco, el Ática estaba dividida en familias.²⁶ Algunas de esas familias de la época primitiva, los Eumólpidas, los Cecrópidas, los Gefireanos, los Fitápidas, los Lakiadas, se han perpetuado hasta las edades siguientes. Entonces no existía la ciudad ateniense; pero cada familia, rodeada de sus ramas menores y de sus clientes, ocupaba un cantón y vivía allí en absoluta independencia. Cada una tenía su religión propia: los Eumólpidas, fijados en Eleusis, adoraban a Démeter; los Cecrópidas, que habitaban la roca donde más tarde estuvo Atenas, tenían por divinidades protectoras a Poseidón y Atenea. Muy cerca, en la colinilla del Areópago, el dios protector era Ares; en Maratón, un Hércules; en Prasies, un Apolo; otro Apolo en

²⁴ Ἀμυνῶ ὑπὲρ ἱερῶν καὶ δόσιων... καὶ ἱερὰ τὰ πατρία τιμῆσω (*Pollux*, VIII, 105-106).

²⁵ Iseo, de *Cironis hered.*, 19; *pro Euphileto*, 3. Demóstenes, in *Eubulidem*, 46. La necesidad de estar inscrito en una fratría, al menos en los tiempos antiguos, antes de formar parte de la ciudad, se infiere de una ley citada por Dinarco (*Oratores attici*, colección Didot, tomo II, pág. 462, fr. 82).

²⁶ Κατὰ γέννη, Plutarco, *Teseo*, 24; *ibid.*, 13.

Flies; los Dióscuros, en Céfalo, y así en los demás cantones.²⁷

Así como cada familia tenía su dios y su altar, también tenía su jefe. Cuando Pausanias visitó el Ática, encontró en los pequeños burgos antiguas tradiciones que se habían perpetuado con el culto, y estas tradiciones le hicieron conocer que cada burgo había tenido su rey antes del tiempo en que Cécrope reinaba en Atenas.²⁸ ¿No era éste el recuerdo de una época lejana, en que las grandes familias patriarcales, semejantes a los clanes célticos, tenían sus jefes hereditarios, que a la vez eran sacerdotes y jueces? Un centenar de pequeñas sociedades vivían, pues, aisladas en el país, sin conocer entre sí lazos religiosos ni políticos, teniendo cada una su territorio, declarándose frecuentemente la guerra, hasta tal punto, en fin, separadas unas de otras, que el matrimonio no siempre era permitido entre ellas.²⁹

Pero las necesidades o los sentimientos las aproximaron. Insensiblemente se unieron en pequeños grupos, de cuatro, de seis. Así vemos por las tradiciones que los cuatro burgos de la llanura de Maratón se asociaron para adorar juntos a Apolo Delfico; los hombres del Pireo, de Falero y de otros dos cantones vecinos, se unieron por su parte y erigieron en común un templo a Hércules.³⁰ A la larga, este centenar de pequeños Estados se redujo a doce confederaciones. Este cambio, mediante el cual la población de Ática pasó del estado de familia patriarcal a una sociedad algo más amplia, era atribuido por la

²⁷ Pausanias, I, 15; I, 31; I, 37; II, 18.

²⁸ Pausanias, I, 31: τῶν ἐν τοῖς δήμοις φάναι πολλοὺς ὡς καὶ πρὸ τῆς ἀρχῆς τῆς Κέκροπος ἐβασίλευοντο.

²⁹ Plutarco, *Teseo*, 13.

³⁰ Plutarco, *Teseo*, 14; *Pollux*, VI, 105. Esteban de Bizancio, Vº, ἐπελίδαι.

leyenda a los esfuerzos de Cécrope; sólo debe entenderse por esto que no terminó hasta la época en que se coloca el reinado de este personaje, es decir, hacia el decimosexto siglo antes de nuestra era. Se ve, por otra parte, que este Cécrope sólo reinó sobre una de las doce asociaciones, la que después fue Atenas; las otras once eran plenamente independientes; cada cual tenía su dios protector, su altar, su fuego sagrado, su jefe.³¹

Varias generaciones pasaron, y durante ellas el grupo de los Cecrópidas adquirió insensiblemente mayor importancia. De este período ha quedado el recuerdo de una lucha sangrienta que sostuvieron contra los Eumólpidas de Eleusis, y cuyo resultado fue que se sometieron éstos con la única reserva de conservar el sacerdocio hereditario de su divinidad.³² Puede creerse que ha habido otras luchas y otras conquistas, cuyo recuerdo no se ha conservado. La roca de los Cecrópidas, donde progresó poco a poco el culto de Atenea, y que acabó por adoptar el nombre de su divinidad principal, adquirió la supremacía sobre los otros once Estados. Entonces apareció Teseo, heredero de los Cecrópidas. Todas las tradiciones están contestes en decir que reunió los doce grupos en una ciudad. En efecto, logró que toda el Ática adoptase el culto de Atenea Polias, de suerte que el país entero celebró desde entonces y en común los sacrificios denominados Panateneas. Antes de él, cada burgo tenía

³¹ Filócoro, citado por Estrabón, IX página 609: Κέκροπα πρῶτον ἐς δώδεκα πόλεις συνοικίσαι τὸ πλῆθος. Tucídides, II, 15: ἐπὶ Κέκροπος ἐς Θησέα αἰεὶ ἡ Ἀττικὴ κατὰ πόλεις ὡκεῖτο πρυτανεῖα τε ἔχουσα καὶ ἄρχοντας... αὐτοὶ ἕκαστοι ἐπολιτεύοντο καὶ ἐδουλεύοντο. καὶ τινες καὶ ἐπολέμησάν ποτε αὐτῶν.—Cf. *Pollux*, VIII, 111.

³² Pausanias, I, 38.

su fuego sagrado y su priteo. Teseo quiso que el priteo de Atenas fuese el centro religioso de toda el Ática.³³ Desde entonces quedó fundada la unidad ateniense; religiosamente, cada cantón conservó su antiguo culto, pero todos adoptaron un culto común; políticamente, cada cual conservó sus jefes, sus jueces, su derecho de reunirse en asamblea, pero por encima de estos gobiernos locales estuvo el gobierno central de la ciudad.³⁴

³³ Tucídides, II, 15: ὁ Θησεὺς καταλύσας τῶν ἄλλων πόλεων τὰ βουλευτήρια καὶ τὰς ἀρχάς... ἐν βουλευτήριον ἀποδείξας καὶ πρυτανεῖον... Plutarco, *Teseo*, 24: ἐν ποιήσας ἅπασιν κοινὸν πρυτανεῖον... καὶ Παναθηναία θυσίαν ἐποίησε κοινήν ἔθυσσε δὲ καὶ Μετοίκια, ἦν ἔτι καὶ νῦν θύουσι. Cf. Pausanias, VIII, 2, 1.

³⁴ Plutarco y Tucídides dicen que Teseo destruyó los priteos locales y abolió las magistraturas de los burgos. Sin embargo, si intentó hacerlo, la verdad es que no lo consiguió, pues mucho tiempo después de él todavía encontramos los cultos locales, las asambleas, los *reyes de las tribus*. Bæckh, *Corp. inscr.*, 82, 85. Demóstenes, in *Theocrinem*. Pollux, VIII, 111. Prescindimos de la leyenda de Jon, a la que diversos historiadores modernos nos parece que han dado excesiva importancia, ofreciéndola como el síntoma de una invasión extranjera en el Ática. Esta invasión no está consignada en ningún documento. Si el Ática hubiese sido conquistada por los jonios del Peloponeso, no es probable que los atenienses hubiesen conservado tan religiosamente sus nombres de Cecrópidas, Erecteidas, y, al contrario, que hubiesen considerado como una ofensa el nombre de jonios. (Herodoto, I, 143.) A los que creen en esta invasión de los jonios, y que añaden que la nobleza de los Eupátridas procede de ese hecho, se les puede responder, además, que la mayoría de las grandes familias de Atenas se remontan a una

Nos parece que de estos recuerdos y precisas tradiciones que Atenas conservaba religiosamente, se destacan dos verdades igualmente manifiestas: una, que la ciudad ha sido una confederación de grupos constituidos antes que ella; otra, que la sociedad sólo ha progresado en la medida que la religión adquiría elasticidad. No es fácil decir si el progreso religioso es el que ha aportado el progreso social; lo indudable es que ambos se han manifestado simultáneamente y con notable acuerdo.

Es necesario pensar en la excesiva dificultad que para las poblaciones primitivas implicaba el fundar sociedades regulares. No es fácil establecer un lazo social entre esos seres humanos que son tan diversos, tan libres, tan inconstantes. Para darles reglas comunes, para instituir el mando y hacerles aceptar la obediencia, para subordinar la pasión a la razón y la razón individual a la razón pública, seguramente que se necesita algo más fuerte que la fuerza material, más respetable que el interés, más seguro que una teoría filosófica, más inmutable que una convención, algo que esté

época muy anterior a aquella en que se coloca la llegada de Jon al Ática. ¿Quiere decir esto que los atenienses no son en su mayor parte jónicos? Seguramente que pertenecen a esta rama de la raza helénica. Estrabón nos dice que en los tiempos más remotos el Ática se llamaba *Jonia* y *Jas*. Pero se incurre en error al hacer del hijo de Xuthos, del héroe legendario de Eurípides, el tronco de estos jonios; son infinitamente anteriores a Jon, y su nombre quizá sea mucho más antiguo que el de helenos. Es un error hacer descender de este Jon a todos los Eupátridas y presentar a esta clase de hombres como una población conquistadora que hubiese oprimido por la fuerza a una población vencida. Tal opinión no se sustenta en ningún testimonio antiguo.

por igual en el fondo de todos los corazones y que en ellos ejerza igual imperio.

Ese algo es una creencia. Nada hay más poderoso en el alma. Una creencia es la obra de nuestro espíritu, pero no somos libres de modificarla a nuestro gusto. Ella es nuestra creación, pero no lo sabemos. Es humana, y la creemos un dios. Es el efecto de nuestro poder, y es más fuerte que nosotros. Está en nosotros, no nos deja, nos habla a todas horas. Si nos ordena obedecer, obedecemos; si nos prescribe deberes, nos sometemos. El hombre puede domar a la naturaleza, pero está esclavizado a su pensamiento.

Pues bien, una antigua creencia ordenaba al hombre que honrase al antepasado; el culto del antepasado ha agrupado a la familia en torno del altar. De ahí la primera religión, las primeras oraciones, la primera idea del deber y la primera moral; de ahí también el establecimiento de la propiedad, la fijación del orden de la sucesión; de ahí, en fin, todo el derecho privado y todas las reglas de la organización doméstica. Luego se ensanchó la creencia y con ella, al mismo tiempo, la asociación. A medida que los hombres advierten que hay para ellos divinidades comunes, se asocian en grupos más extensos. Las mismas reglas, encontradas y establecidas en la familia, se aplican sucesivamente a la fratría, a la tribu, a la ciudad.

Abarquemos con la mirada el camino que los hombres han recorrido. En su origen, la familia vive aislada y el hombre sólo conoce a los dioses domésticos, θεοὶ πατρῶν, *dii gentiles*. Por encima de la familia, se forma la fratría con su dios, θεὸς φράτριος, *Juno curialis*. Viene en seguida la tribu, y el dios de la tribu, θεὸς φύλιος. En fin, se llega a la ciudad y se concibe a un dios cuya providencia alcanza a la ciudad entera, θεὸς πολιεύς, *penates publici*.

Jerarquía de creencias, jerarquía de asociaciones. La idea religiosa ha sido entre los antiguos el soplo inspirador y organizador de la sociedad.

Las tradiciones de los indos, de los griegos, de los etruscos, cuentan que los dioses habían revelado a los hombres las leyes sociales. Bajo esta forma legendaria se oculta una verdad. Las leyes sociales han sido obra de los dioses; pero esos dioses tan poderosos y bienhechores no eran otra cosa que las creencias de los hombres.

De este modo se incubó el Estado entre los antiguos; este estudio nos fue necesario para poder darnos cuenta de la naturaleza y de las instituciones de la ciudad. Pero hay que hacer aquí una reserva. Si las primeras ciudades se han formado por la confederación de las pequeñas sociedades constituidas anteriormente, esto no quiere decir que todas las ciudades que conocemos se hayan formado de idéntica manera. Una vez encontrada la organización municipal, no era necesario que para cada ciudad nueva recomenzase la misma larga y difícil ruta. Hasta pudo ocurrir con bastante frecuencia que se siguiese el orden inverso. Cuando un jefe salía de una ciudad ya constituida para fundar otra, ordinariamente sólo llevaba un pequeño número de conciudadanos, a los que se incorporaban muchos otros que procedían de diversos lugares y aun podían pertenecer a distintas razas. Pero este jefe siempre constituía el nuevo Estado a imagen del que acababa de dejar. En consecuencia, dividía su pueblo en tribus y en fratrías. Cada una de esas pequeñas asociaciones tuvo un altar, sacrificios, fiestas; cada una llegó hasta a idear un antiguo héroe, al que honró con un culto y del que a la larga se creyó descendiente.

También sucedió con frecuencia que los hombres de un determinado

país vivían sin leyes y sin orden, bien porque la organización social no hubiese llegado a establecerse, como en Arcadia, bien porque se hubiese corrompido y disuelto por súbitas revoluciones, como en Cirene y en Turios. Si un legislador se proponía poner orden entre estos hombres, siempre empezaba distribuyéndolos en tribus y en fratrías, como si no hubiese otro tipo de sociedad que ése. En cada uno de esos cuadros instituía un héroe epónimo, establecía sacrificios, inauguraba tradiciones. Siempre se comenzaba del mismo modo si se quería fundar una sociedad regular.³⁵ Así hace el mismo Platón cuando idea una ciudad modelo.

CAPÍTULO IV

LA URBE

Ciudad y urbe (*cité* y *ville* en francés) no eran palabras sinónimas entre los antiguos. La ciudad era la asociación religiosa y política de las familias y de las tribus; la urbe era el lugar de reunión, el domicilio y, sobre todo, el santuario de esta asociación.

No hay que hacernos de las urbes antiguas la idea que nos sugieren las que vemos erigirse en nuestros días. Si se construyen varias casas, resulta una aldea; insensiblemente aumenta el número de casas, y resulta la urbe; y si es preciso la rodeamos de fosos y murallas. Entre los antiguos, la urbe no se formaba a la larga, por el lento creci-

³⁵ Herodoto, IV, 161. Cf. Platón, *Leyes*, V, 738; VI, 771. Así, cuando Licurgo reforma y renueva la ciudad de Esparta, la primera cosa que hace es erigir un templo, la segunda, repartir a los ciudadanos en *φύλαι* y en *ὄβαι*; sus leyes políticas vienen después. (Plutarco, *Licurgo*, 6.)

miento de hombres y de construcciones. Fundábase la urbe de un solo golpe; totalmente terminada en un día.

Pero era preciso que antes estuviese constituida la ciudad, que era la obra más difícil y ordinariamente la más larga. Una vez que las familias, las fratrías y las tribus habían convenido en unirse y en tener un mismo culto, se fundaba al punto la urbe para que sirviese de santuario a ese culto común. Así, la fundación de una urbe era siempre un acto religioso.

Tomemos por primer ejemplo a la misma Roma, no obstante la ola de incredulidad que acompaña a esta antigua historia. Se ha repetido frecuentemente que Rómulo era un jefe de aventureros, que se había hecho un pueblo atrayendo en torno suyo a vagabundos y ladrones, y que todos esos hombres, reunidos sin seleccionar, edificaron al azar algunas cabañas para guardar el botín. Pero los escritores antiguos nos ofrecen los hechos de muy otra manera; y nos parece que, si se quiere conocer la antigüedad, la primera regla debe ser la de apoyarse en los testimonios que de ella proceden. Es verdad que esos escritores hablan de un asilo, es decir, de un recinto sagrado, donde Rómulo admitió a todos los que se presentaron; en lo cual siguió el ejemplo que muchos fundadores de ciudades le habían dado.³⁶ Pero ese asilo no era la ciudad; ni siquiera se abrió hasta que la ciudad estuvo fundada y completamente edificada.³⁷ Era un apéndice añadido a Roma, no Roma. Ni siquiera formaba parte de la ciudad de Rómulo, pues se encontraba en

³⁶ Tito Livio, I, 8: *Vetere consilio condentium urbes*.

³⁷ Tito Livio, I, 8; sólo después de haber contado la fundación de la urbe en el Palatino, y después de haber hablado de sus primeras instituciones y de sus primeros progresos, añade Tito Livio: *deinde asylum aperit*.

la ladera del monte Capitolino, mientras que la urbe ocupaba el otero del Palatino.³⁸ Conviene distinguir bien el doble elemento de la población romana. En el asilo están los aventureros sin fuego ni lugar; sobre el Palatino están los hombres venidos de Alba, esto es, los hombres ya organizados en sociedad, distribuidos en *gentes* y en curias, que tienen cultos domésticos y leyes. El asilo no es más que una especie de aldea o arrabal donde las cabañas se alzan al azar y sin reglas; sobre el Palatino se eleva una ciudad religiosa y santa.

Sobre la manera como esta ciudad se fundó, la antigüedad abunda en informes; se encuentran en Dionisio de Halicarnaso, que los recogió de autores más antiguos que él; se encuentran en Plutarco, en los *Fastos* de Ovidio; en Tácito, en Catón el Viejo, que había compilado los antiguos anales, y en otros dos escritores que deben inspirarnos gran confianza, el sabio Varrón y el sabio Verrio Flaco, que Festo nos ha conservado en parte: ambos instruidísimos en las antigüedades romanas, amigos de la verdad, de ningún modo crédulos y que conocían bastante bien las reglas de la crítica histórica. Todos estos escritores nos han transmitido el recuerdo de la ceremonia religiosa que señaló la

³⁸ La urbe, *urbs*, ocupaba el Palatino: esto se encuentra claramente afirmado por Dionisio, II, 69; Plutarco, *Rómulo*, 9; Tito Livio, I, 7 y 33; Varrón, *De ling. lat.*, VI, 34; Festo, V, *Quadrata*, pág. 258; Aulo Gelio, XIII, 14. Tácito, *Anales*, XII, 24, da el trazado de este recinto primitivo, en el cual el Capitolino no estaba incluido. Al contrario, el *asylum* estaba situado en la falda del Capitolino; Tito Livio, I, 8. Estrabón, V, 3, 2; Tácito, *Historias*, III, 71; Dionisio, II, 15; por otra parte, este *asylum* no era más que un simple *lucus* o *ἄσυλον*, como existían por todas partes en Italia y Grecia.

fundación de Roma, y no tenemos el derecho de rechazar testimonios tan abundantes.

No es raro encontrar entre los antiguos sucesos que nos admiran: ¿es esto motivo para decir que se trata de fábulas, sobre todo si estos sucesos, que se alejan bastante de las ideas modernas, concuerdan perfectamente con las de los antiguos? En su vida privada hemos visto una religión que regulaba todos sus actos; hemos visto enseguida que esta religión los había constituido en sociedad: ¿qué tiene, por lo tanto, de admirable que la fundación de una sociedad también haya sido un acto sagrado y que el mismo Rómulo haya tenido que practicar ritos que se observaban en todas partes?

El primer cuidado del fundador consiste en escoger el emplazamiento de la nueva ciudad. Pero esta elección, cosa grave y de la cual se cree que depende el destino del pueblo, se deja siempre a la decisión de los dioses. Si Rómulo hubiese sido griego, habría consultado al oráculo de Delfos; samnita, hubiese seguido al animal sagrado: el lobo o el picoverde; latino, vecino de los etruscos, iniciado en la ciencia augural,³⁹ pide a los dioses que le revelen su voluntad por el vuelo de los pájaros. Los dioses le designan el Palatino.

Llegado el día de la fundación, empieza ofreciendo un sacrificio. Sus compañeros forman fila en torno suyo, con ramas encienden fuego y uno tras otro brincan sobre la llama ligera.⁴⁰ La explicación de este rito es que, para el acto que va a realizarse, se necesita que el pueblo esté puro; ahora bien, los antiguos creían purificarse de toda mácula física o moral saltando sobre la llama sagrada.

Cuando esta ceremonia prelimi-

³⁹ Cicerón, *De divin.*, I, 17. Plutarco, *Camilo*, 32. Plinio, XIV, 2; XVIII, 12.

⁴⁰ Dionisio, I, 88.

nar ha preparado al pueblo para el gran acto de la fundación, Rómulo cava un pequeño hoyo de forma circular y arroja en él un terrón que ha traído de Alba.⁴¹ Luego, cada uno de sus compañeros se acerca por turno, y arroja, como él, una poca de tierra, que ha traído de su país de origen. Este rito es notable, y nos revela en esos hombres un pensamiento que conviene señalar. Antes de llegar al Palatino habitaban en Alba u otra cualquiera de las ciudades vecinas. Allí estaba su hogar; allí habían vivido sus padres y allí estaban enterrados. La religión prohibía abandonar la tierra donde se había establecido el hogar y donde reposaban los divinos antepasados. Había sido necesario, pues, para librarse de cualquier impiedad, que cada uno de esos hombres usara de una ficción, y que llevarse consigo, bajo el símbolo de un terrón, el suelo sagrado donde sus antepasados estaban sepultados y al que sus manes estaban asociados. El hombre no podía trasladarse sin llevar consigo su suelo y sus abuelos. Era necesario que este rito se consumase para que pudiera decir, mostrando el nuevo lugar que había adoptado: También ésta es la tierra de mis padres, *terra patrum*, patria: ésta es mi patria, pues aquí están los manes de mi familia.

El hoyo donde cada uno había echado un poco de tierra se llamaba *mundus*: esta palabra designaba especialmente en la antigua lengua religiosa la región de los manes.⁴² De este mismo sitio, según la tradición, se escapaban tres veces por

⁴¹ Plutarco, *Rómulo*, 11. Dion Casio, *Fragm.*, 12. Ovidio, *Fast.*, IV, 821; Festo, V^o, *Quadrata*.

⁴² Plutarco, *Rómulo*, 11: καλοῦσι δὲ τὸν βόθρον τοῦτον μούνδον. Festo, edic. Muller, pág. 156: *mundum*... *inferiorem ejus partem consecratam diis manibus*. Servio, *ad Æn.*, III, 134: *aras Inferorum (vocant) mundos*.

año las almas de los muertos, desearon de volver a ver la luz.⁴³

¿No vemos también en esta tradición el verdadero pensamiento de los antiguos? Al depositar en el hoyo un terrón de su antigua patria, creían encerrar también las almas de sus antepasados. Esas almas, allí reunidas, debían recibir culto perpetuo y velar por sus descendientes. Rómulo elevó en este mismo sitio un altar y encendió fuego. Tal fue el hogar de la ciudad.⁴⁴

Alrededor de este hogar debe elevarse la urbe, como la casa se eleva alrededor del hogar doméstico. Rómulo traza un surco que indica el recinto. También en esto los menores detalles están prefijados por el ritual. El fundador ha de servirse de una reja de cobre; el arado ha de ser arrastrado por un toro blanco y una vaca blanca. Rómulo, cubierta la cabeza y revestido con el traje sacerdotal, sostiene personalmente la manera del arado y lo dirige entonando preces. Sus compañeros marchan detrás observando un silencio religioso. A medida que la reja levanta los terrones, se los arroja cuidadosamente al interior

⁴³ La expresión *mundus patet* designaba esos tres días en que los manes salían de sus moradas. Varrón, en Macrobio, *Saturn.*, I, 16: *mundus quum pater. Deorum tristium atque inferum quasi janua patet*. Festo, edic. Muller, página 156: *mundum ter in anno patere putabant... clausum omni tempore præter hos tres dies quos religiosos judicaverunt quod his diebus ea que occulta religionis deorum manium essent, in lucem adducerentur*.

⁴⁴ Ovidio, *Fastos*, IV, 823. *Fossa repletur humo plenaque imponitur ara. Et novus accenso fungitur igne focus*. Más tarde, el hogar fue trasladado. Cuando las tres ciudades del Palatino, del Capitolino y del Quirinal formaron una sola, el hogar común, o templo de Vesta, fue colocado en un terreno neutro entre las tres colinas.

del recinto para que ninguna partícula de esta tierra sagrada caiga del lado del extranjero.⁴⁵

Este recinto trazado por la religión es inviolable. Ni el extranjero ni el ciudadano tienen el derecho de rebasarlo. Saltar sobre este pequeño surco es un acto de impiedad; la tradición romana decía que el hermano del fundador había cometido ese sacrilegio y que lo había pagado con la vida.⁴⁶

Pero, para que se pueda entrar y salir de la ciudad, se interrumpe el surco en varios sitios: por eso Rómulo levantó y cargó la reja; estos intervalos se llaman *portæ*: son las puertas de la ciudad.⁴⁷

Sobre el surco sagrado, o un poco detrás, se elevan en seguida las murallas, que son también sagra-

⁴⁵ Plutarco, *Rómulo*, 11. Dion. de Halic., I, 88. Ovidio, *Fastos*, IV, 825 y sig. Varrón, *De ling. lat.*, V, 143: *Oppida condebant in Latio, Etrusco ritu; junctis bobus, tauro et vacca interiore, aratro circumagebant sulcum; hoc faciebant religionis causa, die auspicio. Terram unde exculperant fossam vocabant et introrsum jactam murum*. Festo, edic. Muller, página 375. *Urvat... ab eo sulco qui fit in urbe condenda sulco aratri*. Estas reglas eran de tal modo conocidas y usadas, que Virgilio, describiendo la fundación de una ciudad, comienza describiendo esta práctica: *Interea Aeneas urbem designat aratro* (V, 755).

⁴⁶ Plutarco, *Cuest. rom.*, 27: τὸ τεῖχος ἱερὸν οὕτω γὰρ δοκεῖ Ῥωμύλος ἀποκτεῖν τὸν ἀδελφὸν ὡς ἄβατον καὶ ἱερὸν τόπον ἐπιχειροῦντα δαπηθᾶν καὶ ποιεῖν βέβηλον.

⁴⁷ Catón, citado por Servio: *Urbem designat aratro; quem Cato in Origini-bus dicit morem fuisse; conditores enim civitatis taurum in dextra, vaccam intrinsecus jungebant; et incincti ritu Sabino, id est, togæ parte caput velati, parte succincti, tenebant stivam incurvam ut glebæ omnes intrinsecus caderent; et ita sulco ducto loca mu-*

das.⁴⁸ Nadie podrá tocarlas, ni siquiera para su reparación, sin el permiso de los pontífices. A ambos lados de esta muralla hay un trecho de algunos pasos concedido a la religión; se le llama *pomærium*, y no está permitido pasar el arado por allí ni construir ningún edificio.⁴⁹

Tal ha sido, según una multitud de testimonios antiguos, la ceremonia de la fundación de Roma. Si se pregunta cómo ha podido conservarse su recuerdo hasta los escritores que nos la han transmitido, diremos que esa ceremonia se refrescaba cada año en la memoria del pueblo gracias a una fiesta aniversaria, que se llamaba día natal de Roma.⁵⁰ Esta fiesta se ha celebrado

rorum designabant, aratrum suspendentes circa loca portarum (Servio, *ad Æn.*, V, 755).

⁴⁸ Cicerón, *De nat. deorum*, III, 40: *muri urbis quos vos, pontifices, sanctos esse dicitis, diligentiusque urbem religione quam mœnibus cingitis*.—Gayo, II, 8: *Sanctæ quoque res, velut muri et portæ, quodammodo divini juris sunt*. Digesto, I, 8, 8: *muros esse sanctos; ibid.*, 11: *Si quis violaverit muros, capite punitur*.

⁴⁹ Varrón, V, 143: *Postea qui fiebat orbis, urbis principium: ... postmœrium dictum, quo urbana auspicia finuntur*. Cippi *pomoerii stant circum Romam*. Tito Livio, I, 44: *pomærium... locus quem in condendis urbibus quondam Etrusci certis terminis inaugurato consecrabant, ut neque interiore parte ædificia mœnibus continuarentur ac extrinsecus puri aliquid ab humano cultu pateret soli... Neque habitari neque arari fas est*. Aulo Gelio, XIII, 14, da la definición que ha encontrado en los libros de los augures: *Pomærium est locus intra agrum effatum per totius urbis circuitum pene muros, regionibus (religionibus) certis determinatus, qui facit finem urbani auspicii*.

⁵⁰ Plutarco, *Rómulo*, 12: καὶ τὴν ἡμέραν ταύτην ἑορτάζουσι Ῥωμα-

en toda la antigüedad, de año en año, y el pueblo romano aún la celebra hoy en la misma fecha como en otro tiempo, el 21 de abril: ¡de tal modo los hombres permanecen fieles a las viejas costumbres, a través de sus incesantes transformaciones!

No puede suponerse razonablemente que Rómulo haya sido el primero en concebir tales ritos. Al contrario, es seguro que muchas ciudades anteriores a Roma habían sido fundadas del mismo modo. Varrón dice que esos ritos eran comunes al Lacio y a Etruria. Catón el Viejo, que para escribir su libro sobre los *Orígenes* había consultado los anales de todos los pueblos italianos, nos dice que ritos análogos eran practicados por todos los fundadores de ciudades. Los etruscos poseían libros litúrgicos en los que estaba consignado el ritual completo de esas ceremonias.⁵¹

Los griegos creían, como los italianos, que el emplazamiento de una ciudad debía ser escogido por la divinidad. Así, cuando querían fundar una, consultaban al oráculo de Delfos.⁵² Herodoto consigna como un acto de impiedad o de locura que el espartano Dories osase erigir una ciudad "sin consultar el oráculo y sin practicar ninguna de las ceremonias prescritas", y el piadoso historiador no se sorprende de que

τοὶ γενέθλιον τῆς πατρίδος ὀνομάζοντες. Plinio, *Hist. nat.*, XVIII, 66, 247: *XI Kalendas maias urbis Romæ natalis*. Cf. *Corpus inscript. lat.*, tomo I, págs. 340-341: *natalis dies urbis Romæ*.

⁵¹ Catón en Servio, V, 755. Varrón, *L. L.*, V, 143. Festo, Vº, *Rituales*, página 285: *rituales nominantur Etruscorum libri in quibus præscriptum est quo ritu condantur urbes, aræ, ædes sacrentur, qua sanctitate muri*.

⁵² Herodoto, IV, 156; Diódoro, XII, 12; Pausanias, VII, 2; Ateneo, VIII, 62.

una ciudad construida a despecho de las reglas sólo haya durado tres años.⁵³ Tucídides, recordando el día en que se fundó Esparta, menciona los cantos piadosos y los sacrificios de ese día.⁵⁴ El mismo historiador nos dice que los atenienses tenían su ritual particular y que jamás fundaban una colonia sin observarlo.⁵⁵ Puede verse en una comedia de Aristófanes un cuadro bastante exacto de la ceremonia que se realizaba en semejante caso. Cuando el poeta representaba la graciosa fundación de la ciudad de los Pájaros, seguramente pensaba en las costumbres que se observaban en la fundación de las ciudades de los hombres: por eso sacaba a escena a un sacerdote que encendía el hogar e invocaba a los dioses, a un poeta que cantaba himnos y a un adivino que recitaba oráculos.

Pausanias recorrió Grecia en tiempos de Adriano. Llegado a Mesenia, hizo que los sacerdotes le contasen la fundación de la ciudad de Mesena, y nos ha legado el relato.⁵⁶ La erección no era muy antigua: se había realizado en tiempo de Epaminondas. Tres siglos antes, los mesenios habían sido expulsados de su país, y desde entonces habían vivido dispersos entre los demás griegos, sin patria, pero conservando piadosamente sus costumbres y su religión nacional. Los tebanos querían hacerlos volver al Peloponeso para poner un enemigo al lado de Esparta, pero lo más difícil era convencer a los mesenios. Epaminondas, comprendiendo que trataba con hombres supersticiosos, creyó deber lanzar a la circulación un oráculo que predecía a ese pueblo la vuelta a su antigua patria. Algunas apariciones milagrosas atestiguaron que los dioses nacionales de los mesenios, que les habían traicionado

⁵³ *Idem*, V, 42.

⁵⁴ Tucídides, V, 16.

⁵⁵ Tucídides, III, 24.

⁵⁶ Pausanias, IV, 27.

nado en la época de la conquista, se les habían vuelto favorables. Este pueblo tímido se decidió entonces a retornar al Peloponeso siguiendo a un ejército tebano. Pero se trataba de saber dónde se edificaría la ciudad, pues no era posible pensar en reocupar las antiguas ciudades, que habían sido manchadas por la conquista. Para escoger el sitio donde habían de establecerse, faltaba el recurso ordinario de consultar el oráculo de Delfos, pues la Pitia estaba entonces de parte de los espartanos. Afortunadamente, los dioses disponían de otros medios para revelar su voluntad. Un sacerdote mesenio tuvo cierto sueño en que un dios de su nación se le apareció y le dijo que iba a fijar su residencia en el monte Itomo, y que invitaba a su pueblo para que le siguiese. Indicado así el emplazamiento de la nueva ciudad, aún quedaban por conocer los ritos necesarios para la fundación, pues los mesenios habíanlos olvidado; por otra parte, no podían adoptar los de los tebanos ni los de ningún otro pueblo, y no sabían cómo erigir la ciudad. Otro mesenio tuvo un sueño muy a propósito: los dioses le ordenaban que se trasladase al monte Itomo, que buscarse allí un tejo que se encontraba junto a un mirto, y que cavase la tierra en el mismo sitio. Obedeció, y encontró una urna, y en la urna hojas de estaño en las que se encontraba grabado el ritual completo de la ceremonia sagrada. Los sacerdotes la copiaron inmediatamente, inscribiéndola en sus libros. No dejó de creerse que la urna había sido colocada allí por un antiguo rey de los mesenios, antes de la conquista del país.

Cuando se estuvo en posesión del ritual comenzó la fundación. Los sacerdotes ofrecieron primeramente un sacrificio; se invocó a los antiguos dioses de Mesenia, a los Dióscuros, al Júpiter del Itomo, a los antiguos héroes, a los antepasados

conocidos y venerados. Todos estos protectores del país lo habían aparentemente abandonado, según las creencias de los antiguos, el día en que el enemigo se apoderó de él; se les conjuró para que volviesen. Se pronunciaron fórmulas que habían de tener por efecto el determinarlos a habitar la nueva ciudad en común con los ciudadanos. Esto era lo importante: fijar a los dioses con ellos era lo que más cordialmente anhelaban estos hombres, y puede creerse que la ceremonia religiosa no tenía otro objeto. Así como los compañeros de Rómulo cavaron un hoyo creyendo depositar en él a los manes de sus antepasados, así los contemporáneos de Epaminondas invocaban a sus héroes, a sus antepasados divinos, a los dioses del país. Mediante fórmulas y ritos creían asociarlos al suelo que ellos mismos iban a ocupar y encerrarlos en el recinto que iban a trazar. Por eso les decían: "Venid con nosotros, ¡oh seres divinos!, y habitad en común con nosotros esta ciudad." El primer día se empleó en estos sacrificios y en estas oraciones. Al siguiente se trazó el recinto, mientras el pueblo cantaba himnos religiosos.

De pronto queda uno sorprendido al darse cuenta, por la lectura de los antiguos, que no existía ciudad, por antigua que fuese, que no pretendiese conocer el nombre de su fundador y la fecha de su fundación. Esto se debe a que una ciudad no podía perder el recuerdo de la ceremonia santa que había marcado su nacimiento, pues cada año celebraba su aniversario con un sacrificio. Atenas, lo mismo que Roma, festejaba su día natal.⁵⁷

⁵⁷ Plutarco, *Teseo*, 24: ἔθυσσε τὰ Μετολκία, ἣν ἔτι καὶ νῦν θύουσι. Cicerón, *pro Sextio*, 63, observa que desembarcó en Brindis el día en que la ciudad festejaba su natalicio: *idem dies natalis coloniae Brundisinae*.

Ocurría frecuentemente que algunos colonos o conquistadores se establecían en una urbe ya edificada. No tenían que construir casas, pues nada se oponía a que ocupasen las de los vencidos. Pero tenían que realizar la ceremonia de la fundación, esto es, colocar su propio hogar y fijar en su nueva morada a sus dioses nacionales. Por eso se lee en Tucídides y en Herodoto que los dorios fundaron a Esparta y los jonios a Mileto, aunque ambos pueblos hubiesen encontrado esas urbes completamente edificadas y ya bastante antiguas.

Estas costumbres nos dicen claramente lo que una urbe significaba en el pensamiento de los antiguos. Rodeada de un recinto sagrado y extendiéndose en torno de un altar, era el domicilio religioso que recibía a los dioses y a los hombres de la ciudad. Tito Livio decía de Roma: "No hay espacio en esta urbe que no esté impregnado de religión y no esté ocupado por alguna divinidad... Los dioses la habitaban." Lo que Tito Livio decía de Roma, cualquier hombre podía decirlo de su propia urbe; pues si se había fundado conforme a los ritos, había recibido en su recinto a los dioses protectores que estaban como implantados en su suelo y ya no debían abandonarlo. Cada urbe era un santuario; cada urbe podía llamarse santa.⁵⁸

Como los dioses estaban por siempre asociados a la ciudad, el pueblo tampoco podía abandonar el lugar donde sus dioses radicaban. A este propósito existía un compromiso recíproco, una especie de contrato entre los dioses y los hombres. Los tribunos de la plebe

⁵⁸ Ἰλιος ἱρη (Híada), ἱεραὶ Ἀθῆναι (Aristófanes, *Cab.*, 1319), Λαχεδαίμονι δτι (Teognis, V, 857), ἱεραὶ πόλιν, dice Teognis hablando de Megara. Pausanias, I, 26; ἱερά τῆς Ἀθηνῶν ἐστὶν ἡ πόλις.

dijeron un día que Roma, devastada por los galos, sólo era un montón de ruinas; que a cinco leguas había una urbe perfectamente construida, grande y hermosa, bien situada y vacía de habitantes desde que los romanos la habían conquistado; que era necesario, pues, abandonar a Roma destruida y trasladarse a Veyess. Pero el piadoso Camilo les respondió: "Nuestra ciudad ha sido fundada religiosamente; los dioses mismos han designado el lugar y en él se han establecido con nuestros padres. Por arruinada que esté, aún es la morada de nuestros dioses nacionales." Los romanos continuaron en Roma.

Algo sagrado y divino se asociaba naturalmente a estas ciudades que los dioses habían erigido,⁵⁹ y que seguían llenando con su presencia. Sábese que las tradiciones romanas prometían a Roma la eternidad. Cada ciudad tenía tradiciones semejantes. Todas las ciudades se construían para ser eternas.

CAPÍTULO V

EL CULTO DEL FUNDADOR; LA LEYENDA DE ENEAS

El fundador era el hombre que realizaba el acto religioso, sin el cual no podía existir la ciudad. Él era quien colocaba el hogar donde había de arder eternamente el fuego sagrado; él era quien con sus oraciones y sus ritos llamaba a los dioses y los fijaba por siempre en la nueva ciudad.

Concíbese el respeto que debía tributarse a este hombre sagrado. Vivo, los hombres veían en él al autor del culto y al padre de la ciudad; muerte, se convertía en un an-

⁵⁹ Neptunia Troja, θεόδητοι Ἀθῆναι. Véase Teognis, V, 765 (Welcker)

tepasado común para todas las generaciones que se sucedían: era para la ciudad lo que el primer antepasado para la familia, un lar familiar. Su memoria se perpetuaba como el fuego del hogar que él había encendido. Se le rendía culto, se le creía dios, y la ciudad le adoraba como su Providencia. Sacrificios y fiestas se renovaban cada año sobre su tumba.⁶⁰

Todos saben que se adoraba a Rómulo, quien tenía su templo y su sacerdocio. Los senadores pudieron degollarlo, pero no privarlo del culto a que tenía derecho como fundador.⁶¹ Cada ciudad adoraba igualmente al que la había fundado; Cécrope y Teseo, a quienes se consideraba como sucesivos fundadores de

⁶⁰ Píndaro, *Pit.*, V, 117-132; *Olimp.*, VII, 143-145. Píndaro llama al fundador "padre de las ceremonias sagradas" (*Hiporquemias*, fr. 1). La costumbre de instituir un culto para el fundador está atestiguada por Herodoto, VI, 38: Μιλτιάδει τελευτήσαντι Χερσονησίται θύουσιν ὡς νόμος οἰκιστῆ. Diódoro de Sicilia, XI, 78: Ἱερῶν ἐτελεύτησε καὶ τιμῶν ἡρωικῶν ἔτυχε, ὡς ἂν κτίστης γεγονῶς τῆς πόλεως. Plutarco, *Arato*, 53, describe los honores religiosos y los sacrificios instituidos por la muerte de Arato, y añade: ὡσπερ οἰκιστῆν ἐκήδευσαν.

⁶¹ Plutarco, *Rómulo*, 29. Dionisio, II, 63: τὸν Ῥωμύλον ἱεροῦ κατασκευῆ καὶ θυσίαις διετησίους ἔταξε γεραιρέσθαι. Ovidio, *Fastos*, II, 475-510. Cicerón, *De rep.*, II, 10; I, 41. Casi no es posible dudar que desde ese momento se compusiesen himnos en honor del fundador; tentados estamos de considerar como un eco de esos viejos cantos algunos versos de Ennio que cita Cicerón:

Simul inter
Sese sic memorant: O Romule, Romule die,
Qualem te patriae custodem Di genuerunt!
O pater, o genitor, o sanguen Dis oriundum,
Tu produxisti nos intra luminis oras.

Atenas, tenían allí templos. Abdera ofrecía sacrificios a su fundador Timesios; Tera, a Teras; Tenedos, a Tenes; Delos, a Anios; Cirene, a Battos; Mileto, a Neleo; Amfípolis, a Hagnón.⁶² En tiempos de Pisistrato, un Milciades fundó una colonia en el Quersoneso de Tracia: esta colonia le instituyó un culto después de muerto, "según el uso acostumbrado". Hierón de Siracusa fundó la ciudad de Etna, y gozó luego "del culto de los fundadores".⁶³

Nada había tan caro a una ciudad como la memoria de su fundación. Cuando Pausanias visitó Grecia, en el segundo siglo de nuestra era, cada ciudad pudo decirle el nombre de su fundador, con su genealogía y los acontecimientos principales de su existencia. La memoria de ese nombre y de esos acontecimientos no podía perderse, pues formaban parte de la religión y se recordaban cada año en las ceremonias sagradas.

Se ha conservado el recuerdo de gran número de poemas griegos que tenían por motivo la fundación de una ciudad. Filócoro había cantado la de Salamina; Ión, la de Quíos; Critón, la de Siracusa; Zópiro, la de Mileto; Apolonio, Hermógenes, Helánico, Diocles, habían compuesto poemas e historias sobre el mismo tema. Quizá a ninguna ciudad le faltaba su poema o, al menos, su himno sobre el acto sagrado que le había dado nacimiento.

Entre todos esos poemas antiguos, que tenían por objeto la fundación

⁶² Herodoto, I, 168. Píndaro, *Pit.*, IV. Tucídides, V, 11. Estrabón, XIV, 1. Cicerón, *De nat. Deorum*, III, 19. Plutarco, *Cuest. griegas*, 28. Pausanias, I, 34; III, 1.

⁶³ Herodoto, VI, 38. Diódoro, XI, 78. El culto del fundador parece haber existido también entre los sabinos: *Sabinii etiam regem suum primum Sanguem retulerunt in Deos* (San Agustín, *Ciudad de Dios*, XVIII, 19).